

VIAJE INTERMINABLE

I

MacDuff había viajado durante mucho tiempo fuera de su país. Su viaje había durado casi toda la segunda parte de su vida, y si lo emprendió un día fue para simplificar las complicaciones que le había deparado la parte primera. Tardó tanto en regresar a su ciudad de origen que, cuando finalmente lo hizo, no recordaba ya el uso cotidiano de las palabras, y si le decían "¡Vaya rostro que tienes!" se miraba al espejo, ante "¡Te has puesto las botas!" se examinaba los pies, y con "¡Te viene como anillo al dedo!" extendía las manos y se las inspeccionaba.

Es decir, MacDuff no sabía expresarse como hacen los demás, de manera espontánea y sin pensarla demasiado, así que guardaba todo lo que le habría gustado decir en un lugar al que nadie tenía acceso más que ella.

Allí dentro también conservaba las imágenes de lo que había visto en su largo viaje, los sonidos que había escuchado, todo aquello que no tenía significado aparente pero que decía –sin voz, ni articulación, ni palabras– cosas importantes. Al cabo del tiempo, se le había acumulado tanto que creía que estaba a punto de estallar: los recuerdos de sus viajes, las cosas que se le ocurrieron entonces y las que se le ocurrían ahora, lo que dijo y no dijo, lo que pensó y dejó de pensar, lo que valía la pena y lo que no valía nada. Le habría gustado que sus viajes no terminaran nunca, pero sabía muy bien que nada es para siempre. Y por eso precisamente había regresado a su país: para acabar sus días ella sola en la tierra que la vio nacer.

II

Nada más levantarse una mañana, MacDuff decidió lo siguiente: colocaría encima de la mesa de la cocina todos los objetos que había traído de sus viajes. Algunos eran recuerdos de valor y otros sólo artefactos inútiles, muchos nada más que vestigios de sus recorridos: un poco de arena dorada y otro poco de arena plateada, guijarros de río y de mar, hojas secas, insectos muertos, trozos de pizarra y de roca volcánica, polvo rojizo para teñir tejidos, tiza, tinta china en bloques sólidos, ídolos diminutos, palillos de ébano, estatuillas de maldición o de fecundidad, bisutería de hueso, plumas de pavo real y de ruiseñor y hasta de colibrí, caracolas de nácar, colmillos de tigre, dagas curvadas, azulejos rotos, piedras semipreciosas sin pulimentar, fragmentos de vidrio verde que llegaron con las olas...

Y MacDuff revolvió todo aquello encima de la mesa y combinó las piedras con las hojas secas y con varios de aquellos artefactos. Hizo una composición en un pequeño pilar de madera –del tamaño de un brazo– que fabricó con un torno, encajando las piezas como diamantes engastados, adhiriéndolas a aquella superficie con cola de carpintero. Cuando la hubo cubierto con varios de los objetos nombrados, rellenó los pequeños espacios entre unos y otros con polvo dorado y pétalos secos y orlas de algodón, todo ello también traído de sus viajes. Finalmente roció el pilar con barniz y lo dejó secar durante varias horas. MacDuff reprodujo de este modo las formas y los diseños de cuanto había visto. Ante sus ojos, la escultura parecía un tótem u obelisco que requería ser

adorado en memoria de un viaje que le había parecido interminable. Lo que pudiera representar para otros, eso no le interesaba en absoluto.

Después del primer pilar, fabricó varios más, combinando en cada uno fragmentos de piedras de distintos tonos, ennegrecidos con tinta china o enrojecidos con alheña. Cuando terminó de hacer varias de estas figuras, las colocó en un estante y dedicaba varias horas del día a su contemplación.

Cuantos iban a verla le preguntaban por sus viajes y ella les señalaba el estante, lo que servía de doble manera: por un lado, los pequeños obeliscos recogían sus experiencias, y por otro hablaban en su nombre sin que ella tuviera que decir una palabra. Todos sus amigos admiraron esas obras primitivas y simples porque eran producto de la intuición y la espontaneidad, y no de la observación metódica e instruida del entorno. Aunque las obras aspiraban a ser el recordatorio de lugares remotos y de otros tiempos, a todo observador le parecían más el fruto de ese momento y de ese lugar. Alguien explicó que lo inmediato e irreemplazable estaba tan lealmente captado que, de alguna misteriosa manera, representaba lo universal y lo extemporáneo. Otro más se atrevió a hablar de arte. Y uno de los más allegados –experto en la materia– dijo que aquello tenía un valor. MacDuff repuso:

–Sí, para mí tiene un valor. El valor del recuerdo. El valor de la impermanencia. El valor de hacer algo que no sea sólo para mantenerme viva.

El párrafo anterior no lo dijo MacDuff con esas mismas palabras, pero su amigo así lo entendió.

Y el experto en arte le hizo una sugerencia:

–Voy a exponer tus obras en mi galería. ¡A ver qué pasa!

III

Las obras –había más de veinte– se vendieron todas. La serie se llamó "Viaje por el mundo" y se agotó el primer día de la exposición. Todo lo demás que se exponía –escultura ideográfica, presentación audiovisual de elementos procedentes de aparatos de alta tecnología, tallas pseudoindígenas con elementos reconocibles de la década actual fabricadas de cloruro de polivinilo, reproducciones de esculturas célebres hechas de cera que se derretía, en su centro una mecha prendida– poco interés despertó en el público. Así que el segundo día el marchante vino a por más.

MacDuff le dijo que se le habían terminado todos los objetos que había recogido en sus viajes, pero el otro insistió tanto que MacDuff se vio obligada a decir:

–Haré lo que pueda, pero no te prometo que lo que haga sea igual a lo que hice.

Tampoco esta vez MacDuff dijo exactamente esas palabras, pero tal era su intención y así lo entendió su amigo.

IV

Ya sola, MacDuff estuvo un buen rato mirando la mesa de la cocina sobre la que no quedaba ninguno de los muchos objetos que había traído de sus viajes.

Y tras pensar un buen rato, se le ocurrió que no sería tan difícil hacerse con otros objetos, aunque no fueran los de su recorrido por el mundo. Y con ese pensamiento se

paseó por su casa con una enorme bolsa de plástico que fue llenando con todo aquello que le pareció apropiado: un cable, una percha de alambre, una pastilla de jabón, una cuerda, varias canicas, un dado, un alfil, un hueso de melocotón, un número considerable de grapas, clavos oxidados, abalorios de colores, una estatuilla de alabastro hecha añicos, un fusible y muchos recortes de periódico. Cuando hubo llenado la bolsa con todo aquello, MacDuff la vació sobre la mesa de la cocina y fue seleccionando cuidadosamente lo que pensaba incrustar en un nuevo pilar de madera.

Estuvo toda la noche dedicada a su arte y llegó a hacer otras veinte esculturas. Cuando amaneció, los rayos del sol terminaron de secar el barniz que recubría la superficie de colores de cada pieza, y MacDuff se quedó dormida en el sofá.

V

La despertó su amigo el marchante que llegó a las diez de la mañana con su furgoneta, dispuesto a llevarse lo que la otra hubiera fabricado esa noche.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó.

MacDuff no dijo nada, pero señaló en dirección de sus nuevas obras.

Cuando el amigo vio todo aquello, se llevó las manos a la boca para sofocar el grito de protesta ante aquellas improbables muestras de arte, pero decidió que era demasiado tarde para echarse atrás.

Las nuevas obras no incluían ningún objeto que procediera de una cultura remota, con lo que eran perfectamente reconocibles y poca curiosidad despertaban. Lo que es peor, carecían de las muchas interpretaciones que permitía la serie primera, de modo que cabía una única explicación: *el tedio de la vida diaria, el tedio de la vida diaria, el tedio de la vida diaria...*

Esa serie se llamó: "Viaje por mi casa".

VI

Aquella noche MacDuff también se la pasó en vela porque su amigo la llamó desde la galería y le hizo un nuevo pedido para el día siguiente.

—¡Todo se ha vendido!

Como ya no le quedaba nada, MacDuff se dirigió a un solar cercano donde acababa de desplomarse un edificio. La tercera serie se llamaría —pensó— "Último viaje".